



19-20 *Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor.*

La situación en que se encuentran es de total desamparo y miedo por el ambiente hostil, esto les da inseguridad.

Jesús se presenta como había prometido: “*volveré a estar con vosotros*” (14,18). “*Dentro de poco volveréis a verme*” (16,16).

Aparece en el **centro de su comunidad**, porque él es la fuente de la vida, el punto de referencia, el factor de unidad, la vida en la que se insertan los

sarmientos.

Les saluda con la paz porque están violentos tanto interna como externamente. Les devuelve la paz que les dejó en su despedida: *Os voy a decir esto para que unidos a mí, tengáis paz: en medio del mundo tenéis apuros, pero ánimo, que yo he vencido al mundo* (16,33).

Y no solo les devuelve la palabra y el deseo, lo acompaña con un signo de victoria y de amor: **esas heridas que salvan**, como leímos el viernes santo en el canto del siervo (Is. 53,5).

EN EL ATARDECER... CON MIEDO

El miedo los atrapa y los incapacita. El evangelista evoca en pocas palabras su desamparo en medio de un ambiente hostil. Va a «*anochecer*». **Su miedo los lleva a cerrar bien todas las puertas.** Sólo buscan seguridad. Es su única preocupación. Nadie piensa en la misión recibida de Jesús.

Solo cuando se presenta el Resucitado se transforman. Recuperan la confianza, desaparecen los miedos, encuentran la paz y la alegría. Sólo cuando Jesús ocupa el centro de la comunidad, se convierte en fuente de vida, de alegría y de paz para los creyentes.

También nosotros en el atardecer de cualquier día, estando con las puertas cerradas de nuestro corazón, abatidos y temerosos, por problemas y enfermedades, si algo nos tintinea por dentro, podemos encontrar al Resucitado trayendo deseos de paz.

Solo hay que cambiar la mirada y el ritmo del corazón. Y dejarle sitio "en medio" de nuestra vida. La personal y comunitaria. Porque bien es verdad que Jesús Resucitado está en el centro de la iglesia, pero su presencia viva no está arraigada en nosotros. Sabemos, predicamos y pensamos mucho, pero vivimos poco: su presencia, su fuerza, su alegría, su paz. Hablamos mucho de él, pero lo experimentamos poco. Y solo se transmite, de verdad, lo que se vive.

Y seamos sinceros: en la Iglesia se habla mucho de Jesús, se enseña y se celebra. Pero en el corazón de muchos (cristianos de a pie y de cierta responsabilidad eclesial) **no está presente Jesús, como fuerza y dinamismo.** Está oculto por tradiciones, costumbres y rutinas que lo dejan en un segundo plano. Celebramos la cascara y no “saboreamos” el meollo de nuestra fe.

Nuestras comunidades no vencerán los miedos, ni sentirán la alegría de la fe, ni conocerán la paz que sólo Cristo puede dar, mientras Jesús no ocupe el centro de nuestros encuentros, reuniones y asambleas, sin que nadie lo oculte.

- *¿Ocupa el Señor Resucitado el centro de mi vida personal y comunitaria?*

21-23 *Jesús les dijo otra vez: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.» Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»*

Jesús repite el saludo. Con el primero pretendía liberarlos del miedo. Con este segundo saludo quiere que **la paz sea la portadora de la misión que les deja.**

La misión es tan esencial a los discípulos que los eligió para ella. La misión es la misma que la suya. Y para esta misión Jesús les infunde el aliento

de la vida, el Espíritu. **Es la savia de la vida**, que lo identifica con Jesús, les enseña recordándole su mensaje (14,26) y los mantiene en su amor (15,4). El que les dará seguridad frente al mundo (16,10).

Y les confiere un proyecto alternativo de vida: **la liberación de las ataduras injustas**, el pecado. Tanto personales como colectivas.

24-25 *Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.»*

La incredulidad y la fe posterior de Tomás es prototipo de los no creyentes que necesitan tocar y experimentar y que no escuchan el testimonio de los que han visto a Jesús. Tomás para creer que Jesús vive, pone como condición una señal para él solito. Jesús, que no abandona a los suyos, se la concede, pero no

aisladamente, sino **en el seno de la comunidad**. Nosotros los cristianos de hoy con nuestras dudas y rechazos no vamos a tener complejo de inferioridad respecto a los primeros testigos. También a ellos les costaba creer.

26-29 Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros.» Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.» Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío.» Dícele Jesús: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído.»

Siempre que Jesús se hace presente entre los suyos lleva en sí **el recuerdo de su muerte por sus amigos** (15,13). Su amor hasta el extremo, simbolizado por las señales de los clavos y de la lanza, es connatural a su presencia. Y la señal del costado significa, además, el don incesante del Espíritu.

Juan insiste fuertemente en el aspecto físico de la prueba que Tomás requiere. La resurrección no lo despoja de la condición humana anterior, sino que es **la condición humana lleva a su cumbre**.

La experiencia que tiene Tomás es la misma

que habían tenido los otros discípulos, ver a Jesús en persona. El reproche de Jesús: «*Porque me has visto has creído*» se refiere a la negativa de Tomás de creer en el testimonio de la comunidad, exigiendo una experiencia individual, separada de ella.

La experiencia de Tomás no es modelo; Jesús se la concede para evitar que se pierda uno de los que el Padre le ha entregado (17,12). Tomás ha invertido los términos: sin escuchar a los otros discípulos quiere encontrarse con Jesús; pero a Jesús no se le encuentra sino en la nueva realidad de amor que existe en la comunidad.

LAS HERIDAS QUE CURAN

Jesús enseña sus heridas. **Hoy también enseña sus heridas**. Los crucificados de hoy no están expuestos en la colina; no hay clavos ni maderos por las calles; pero los vemos por todos los rincones del mundo: países que pasan hambre, pueblos privados de libertad y entregados a los caprichos de los caciques de turno, los "señores de la guerra", refugiados sin tierra y sin dinero, poblaciones acorraladas en campos de concentración, pobres sin posibilidad de salir de su pobreza..., sin esperanza, sin amor, llenos de miseria, enfermos que no pueden más. ¡Están crucificados, y tienen las heridas bien sangrantes!

El Viernes Santo cuando leíamos el poema del Siervo Sufriente de Isaías, había una frase profunda que da mayor sentido a esta reflexión: **"y en sus heridas nos hemos curados"** (Is.53, 5). Solamente nos curamos si metemos nuestros dedos en sus heridas frescas de hoy. Solamente conoceremos al Resucitado si metemos el puño en su costado. Y meter el puño es comprometerse, complicarse hasta el final.

- *¿Qué heridas toco de cerca?*
- *¿Me he sentido curado, cuando he tocado estas heridas sangrantes de hoy?*

30-31 Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

Para el evangelista, la vida de Jesús significa ante todo un conjunto de hechos, a los que llama señales, a través de los cuales ha manifestado su gloria, su amor al hombre. El autor ha hecho una

selección; la experiencia de los discípulos fue mucho más amplia de lo que está contado en el evangelio. Jesús ha creado un grupo de testigos.

LOS SIGNOS VISIBLES

Necesitamos palpar, necesitamos meter los dedos, es verdad. Porque necesitamos signos visibles. Pero **los que tienen la fe y el corazón alerta**, encuentran signos de Jesucristo vivo a lo largo de los días y los meses. Aunque no lo vean con sus ojos, lo descubren presente en el camino. Ven el cariño de Dios en la acogida que cada día se hace al drogadicto. Ven la paz de Jesús en la escucha paciente a los ancianos. Ven la justicia de Dios en la ansia de aquellos luchadores de los derechos humanos...

- *¿Me cuesta captar los signos? ¿Es que no son visibles o es que soy cegato? ¿En qué tengo que cambiar?*

Juan García Muñoz (jgarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>